

# CATÁSTROFES SIN TEORÍA

Joaquín Araújo

“Los beneficios del progreso se agotan”

René Thorn

*Caerse* de un caballo nada tiene que ver con el hecho de que un caballo te tire, por mucho que en ambos casos un costalazo sea la consecuencia. Estaríamos ante un efecto idéntico, aunque la causa sea por completo diferente. Es decir que si miramos desde una cierta distancia puede resultar por completo imposible distinguir si ha sido el caballo o el caballero el causante de la caída. Lo único seguro es que se ha producido una catástrofe –casi siempre de baja intensidad– para el derribado. Puede darse incluso el caso de que ni siquiera el jinete abatido sepa bien quien dio el primer paso para que se produjera el accidente. Acaso por eso; acaso por nuestra tendencia a la creación de chivos expiatorios, cuando nos caemos, ya sea por imprudencia, torpeza o ignorancia, ya sea por impertinencia del caballo, juramos haber sido derribados.

Lo hasta aquí afirmado me parece aceptable ejemplo de cuales son nuestras reacciones cuando damos con toda nuestra razón práctica en el suelo. Sobre todo ella, nuestra capacidad mental, se encargó de domeñar a la bestia y ponerla a nuestro servicio de forma indiscriminada, constante y aparentemente segura. Todo ello hasta que un día advertimos que no pusimos las cosas donde la seguridad demanda, o que algo de nuestro intransigente carácter se transmitió al vehículo o, simplemente, que no conocíamos por completo ni el lugar por donde queríamos transitar, ni las reales tendencias del rocín. Sea como haya sido, lo crucial es asegurar mayores índices de seguridad. En consecuencia, conviene rebobinar y analizar nuestro grado de participación en el desagradable evento. Algo que a mí entender comenzaría por ser conscientes de que el caballo es por completo ajeno a cualquier grado de responsabilidad directa. Si está bien domado jamás deseará que caigamos. Si su temperamento es todavía arisco deberemos reconocer que el riesgo también cabalgaba a nuestro lado. Por mucho que buena parte del

mismo se evite sabiendo conducir o conducirnos.

Algo parecido sucede cuando es una catástrofe, acaso no tan natural, la que destroza un tiempo y un lugar cuajado de seres vivos.

Lo primero que conviene poner sobre el tapete es que nos ha derribado una fuerza ciega, descomunal, en buena medida imprevisible pero inocente desde el momento en que desconoce el alcance y las consecuencias de su actuación y poder.

Incompleto y torpe resulta que tanto partidario de olvidar la participación de la Naturaleza en todos los procesos esenciales para la continuidad de la vida se acuerde, invariablemente, de una aparente maldad intrínseca de lo espontáneo a la hora de la catástrofe. O lo que es lo mismo, las fuerzas no controladas por los seres humanos no son ni buenas ni malas. Lo que sí es catastrófico es que la pobreza y la desigualdad lleven a tantas y tantas personas a cabalgar diariamente sobre garañones no domeñados. Que el hacinamiento en los bordes del riesgo convierta en cada día más mortal a cualquier desastre derivado de las fuerzas telúricas o climáticas. Recordemos al respecto que durante las últimas cinco décadas la capacidad destructora de economías, recursos y vidas se ha duplicado cada diez años en el planeta. No es por tanto el resultado de una ofensiva de la Naturaleza hacia lo humano sino las consecuencias de la agresividad de unos pocos humanos hacia sus semejantes y hacia el derredor en su conjunto. Matan más la falta de medios y la ignorancia que los tsunamis.

Quiero decir que si sabemos, como sabemos, que cabe la posibilidad del tropezón, lo ideal es no subir al animal que no controlemos prácticamente del todo e incluso en caso de que lo esté llevar casco, rodilleras y hasta un buen refo. Saber montar es como saber donde hay que asentarse sin inseguridad.

El verdadero desastre es no poder enfrentarse al desastre. **cs**